
Las hordas de los *unos*

J. Felipe Montiel Romo

Let's play it those minds games together...

JOHN LENNON

La traducción, lo sabemos, está preñada de traición. Traición a la forma, al texto, a la estética, al estilo de ese que escribe y habla para buscarse y *decirse* no siempre sin pesar, desde algún sitio, desde algún intersticio que le obliga a trastabillar su monólogo en la estructura, desde *una lengua*, para seguir vivo. La traducción nos devuelve una cacofonía que avasalla lo que queda del otro lado y nos deja entre la víscera y el sentido, entre la tinta y la palabra, un dejo, un *resto* confinado a la nada, al irrepresentable, a la muerte de lo no muerto, al cadáver del que muere ya sin nombre sin tumba ni recuerdo. Es ese *resto*, al fin, el que se traiciona, el que se discrimina con una pérdida irrecuperable. No obstante ese *resto*, que no existe más, insiste desde otro sitio *real*, desde el lugar de los susurros siniestros y los aparecidos, desde el martilleo constante donde las palabras ajenas resbalan de las superficies de aquello que intenta construir, desde un sesgo único, la palabra traicionada.

Sabemos, también, que el acto o el intento más redentor lleva su carga agresiva, y que incluso el esfuerzo de traducir para comprender, corrompe lo que toca en el intento de convertirse en amo del sentido. Pero, con qué *plus* se potencia el efecto nulificador de la traducción, cuando es al mismo sujeto, al que se impone traducirse, *a sí mismo* a otro perfil que le será siempre bizarro, como un dictado tácito, ya que se ha dicho que lo que hace son ritos curiosos enmarcados en el folklore más discriminante, que lo que habla es ruido, dialecto, emborronamiento y no partitura, y que todo lo que ese sujeto *es*, se presenta como lastre, como *si la diferencia* fuese el anverso del objeto del amo, que se traduce

en proyectos que en nombre de un supuesto desarrollo, tienden los caminos que delinean el destierro de *lo particular* de la faz del mundo, para así ensanchar su feudo en un planeta global idéntico a sí mismo.

No obstante, ese *plus* que intenta desterrar desde dentro, topa, siempre, con ese *resto* que escapa a la traducción; resto que retorna desde un amarre en la magia arcaica, en *nuestro* surrealismo cotidiano, en el absurdo, en la alegoría y el alebrije, a la manera de los sueños. Son al fin estos retornos frenéticos de lo reprimido; esos *Marcos* yuxtapuestos y aparentemente extranjeros a lo que encuadran, lo que carnavalesca y violentamente evidencian que *eso* que se impone como *el destino y el curso de los tiempos*, se fisura en el sitio mismo donde intenta colocar el emblema de su preminencia; ahí mismo donde cree decir todo, tragar todas las lenguas, todo lo dicho, sujetar todos los sujetos que no son más que su paradoja ambulante, sus imposibles, sus inaprensibles, sus intraducibles.

Pero al fin, el tiempo se perfila largo y profundo, y a la vez que las hormas globales intentan ceñir en cada punto, también la palabrería de *los solos*, corre, se estira y se recrea entre las redes donde vibran sin tregua los rebaños electrónicos. Y, dentro de ese tiempo, *que se perfila largo y profundo*, los herederos de la nada, los sin patria, los sin puerto, los hijos de los hijos de la desesperanza perdidos en un planeta arrinconado que se sobrecalienta, que rezuma de hollín y de agujeros climáticos, esos hijos del cero, del vaciadero, a la vez que se *androginan* y *anorexian*, a la vez que se destetan del mundo, buscan también hacia todos lados con la mirada perturbada, para encontrarse en la diferencia de los otros, de los *unos*, para encontrarse en ese *resto* que también se convierte en tatuaje y en perforación del cuerpo; en esa diferencia que se marca sobre la evidencia de que no, *no hay todo*, de que nadie puede decirlos ahí, en su sitio en vilo, en su sitio de caída libre de la letra sorpresiva, en su sitio desde donde miran la palabra verdadera, la que se dice también desde *ese* tiempo, *que desde siempre se ha perfilado largo y profundo* para hablar todos los *unos*, también, desde unas caras que salen del verdor de las montañas, desde lugares que no son lugares, sino *restos insignificantes* del mundo, para reclamar un nombre y una muerte, que al fin son las constancias de la vida.

Así, absorta, la horda de los *unos* encuentra la falla irremediable de la horma y encuentra, también, la esperanza en ese tiempo profundo como un pozo, y entonces, ya con luz, mira esa palabra, que aguarda

otras, tal vez propias; esa palabra que, de alguna forma es también la suya, la que rebota hoy desde los más pequeños, desde esos cuerpos de mujeres y hombres enjutos y morenos, casi borrados; desde esa palabra que rebota desde las máscaras negras, sin rostro, para así, encontrarse y reconocerse todos, indios del mundo.